

Cuando se empieza algo se debe invocar al Creador de los seres vivos, señor de todas las cosas hechas y por hacer, de las que llegarán a la perfección y de las que resultarán de los defectos de los seres. Por eso, al comienzo de esta historia, aunque sé que no soy digno de invocarla, suplico a Su Alta Dignidad que me conceda el poder acabarla para alabanza y gloria suya, y para satisfacer a mi muy alto, poderoso y honrado señor, Juan, hijo del rey de Francia, duque de Berry, conde de Poitou y de Auvernia.

Escribí esta historia de acuerdo con las crónicas auténticas que me dieran el duque de Berry y el conde de Salisbury, en Inglaterra, y de acuerdo con varios libros que se han encontrado y porque la noble hermana de mi señor Juan, María, hija de Juan, rey de Francia, duquesa de Bar, marquesa de Pont, deseaba tener dicha historia y se la pidió a mi señor, su muy querido y amado hermano, el cual se ha esforzado tanto que ha llegado a saber lo más posible de la verdad y me ha encargado que escriba la historia que viene a continuación.

Comenzaré sin más demora; he hecho lo mejor que he sabido, con mi pobre razón y entendimiento; le pido a mi Creador que haga que mi honrado señor acepte la obra con benevolencia, y que hagan lo mismo todos cuantos la oigan leer. Empecé a escribir esta historia en prosa un miércoles, víspera de San Clemente, en invierno, el año de gracia de 1392. Suplico humildemente a todos los que la oigan leer o la lean que si les ofende en algo lo escrito, que me lo perdonen, pues he procurado hacer mi trabajo lo más riguroso posible, de acuerdo con las crónicas que creo que son verdaderas.

Dice el profeta David que los juicios y designios de Dios son como un abismo sin orillas ni fondo, y que no es sabio el que intenta abarcarlos con su mente; estoy convencido, además, de que algunos prodigios del universo y de la tierra, como –por ejemplo– los debidos a hadas, son de lo más reales; por lo tanto, el hombre no debe esforzarse en intentar entender, con malsana presunción, los designios y acciones de Dios, sino que debe limitarse a pensar en ellos y a admirarse; y al admirarse, considere cuánto debe temer y glorificar a Aquel cuyas decisiones nos resultan tan oscuras.

Cualquier criatura de Dios razonable comprenderá, como dice Aristóteles al dividir las cosas del mundo, que hay cosas invisibles, y que Dios se expresa a través del aspecto, la esencia y la naturaleza de estas cosas, tal como dice san Pablo en la Epístola a los Romanos: las cosas que Él ha hecho serán vistas y sabidas mediante las criaturas del mundo; así le ocurre a quien escucha la lectura de libros, o presta fe a los autores, o a quien cree a los ancianos o recorre tierras, provincias y reinos: encuentra tantas maravillas y tan nuevas –según apreciación general– que el entendimiento humano se ve obligado a decir que los designios de Dios son inescrutables; y todo esto es tan maravilloso y tan variado en sus formas y maneras, está diseminado por tantos países que –salvo juicio mejor– creo que ningún hombre, a no ser Adán, llegó nunca a tener un conocimiento perfecto de las obras invisibles de Dios, y, sin embargo, el hombre aprovechó día a día su ciencia para ver y oír cosas que jamás pensaría que fueran ciertas, y lo son. Digo todo esto por las maravillas que se contienen en la historia que voy a tratar, si Dios mi Creador me lo permite, por encargo de mi noble y poderoso señor.

Dejemos estar a los autores y contemos lo que hemos oído decir y contar a nuestros antepasados y lo que aún hoy se oye decir en el Poitou y en otros sitios, para darle a nuestra historia color de verdadera, tal como la consideramos, y tal como se expresa en las crónicas auténticas.

Hemos oído contar a nuestros antepasados que en sitios distintos y a multitud de personas se les han aparecido seres a los que unos llaman duendes, otros hadas, otros buenas damas, que caminan por la noche. Un tal Gervasio dice que los duendes se

aparecen por la noche y entran en las casas sin romper ni abrir la puerta, sacan de las cunas a los niños y les deforman los miembros o los queman. Y cuando se marchan, los dejan tan sanos como estaban, haciendo que algunos lleguen a ser muy felices el resto de su vida.

Añade Gervasio que por la noche se aparecen otros seres fantásticos, como mujeres de rostro arrugado, bajas y de poca estatura, que cubren generosamente las necesidades de las casas y no hacen ningún daño; y dice el mismo Gervasio que conoció a un hombre que contaba como verdaderas muchas cosas de este tipo, y decía haberlas visto; más aún, aseguraba que esas hadas tomaban forma de hermosísimas mujeres y que varios hombres se habían casado con ellas, tras jurar lo que ellas les pedían: unas, que no las verían nunca desnudas; otras, que no preguntarían por ellas el sábado; algunas que, si tenían hijos, el marido no las vería durante el parto. Mientras mantenían la promesa, reinaban con buena fama y prosperidad, pero tan pronto como faltaban a ella perdían las mujeres y se les iba la felicidad poco a poco, y algunos llegaban a convertirse en serpientes uno o varios días a la semana. Dice el ya citado Gervasio que cree que esto se debe a algún pecado o a alguna falta secreta, que no le agrada a Dios y por eso los castiga con estas penas sin que nadie conozca el pecado, salvo Él mismo. Así, compara los ocultos designios de Dios con un abismo sin fondo ni orillas, incluso cuando estos hechos extraordinarios son conocidos no por una sola, sino por varias personas. Y aunque uno no haya salido de su propia región, puede ver cosas fantásticas muy cerca de su tierra y de su comarca, que no se las creería si se las contaran y no las hubiera visto. Por lo que a mí respecta, que no he ido demasiado lejos, he contemplado cosas que muchos no podrían creer sin verlas.

El mismo Gervasio aduce como ejemplo a un caballero, llamado Roger de Castel de Rousset, en la provincia de Aussy, que se encontró con un hada y la quiso tomar por esposa. Ella aceptó con la condición de que no la viera nunca desnuda; vivieron juntos mucho tiempo y el caballero aumentó en riquezas. Mucho después, el hada estaba bañándose y él, por curiosidad, fue a verla; inmediatamente el hada metió la cabeza en el agua y se

convirtió en serpiente. Nunca más volvió a ser vista y el caballero perdió poco a poco su prosperidad y sus bienes.

No quiero seguir contándoos más proverbios ni más ejemplos. Lo que os he dicho ha sido porque pienso explicar cómo fue fundada por un hada la noble y poderosa fortaleza de Lusignan, en Poitou, según la crónica auténtica y la historia verdadera, sin añadir nada que no sea cierto, o que no pertenezca a la materia. Me oiréis explicar la noble estirpe que salió de allí, y que reinará hasta el fin del mundo, tal como ha reinado hasta ahora. Pero ya que he empezado hablando de hadas, querría decir de dónde procedía el hada que fundó la noble plaza y fortaleza de Lusignan.

Antaño hubo en Albión –es verdad probada– un rey muy valiente. Según cuenta la historia, tuvo de su primera mujer varios hijos, el menor de los cuales fue Matacás, que fue padre de Florimonte. El rey de Albión se llamaba Elinás y era poderoso y noble. Después de la muerte de su mujer, estaba cazando en un bosque en el que había una hermosa fuente, cerca de la orilla del mar, cuando le entró una gran sed y se dirigió hacia la fuente; ya cerca de ella, oyó una voz que cantaba tan melodiosamente que pensó que sólo podía ser voz de ángel, pero pronto se dio cuenta, por su dulzura, de que era una voz femenina. Descabalgó para no hacer demasiado ruido, ató el caballo a una rama y se acercó poco a poco a la fuente, ocultándose con las hojas y los arbustos; vio entonces a la dama más hermosa que había contemplado nunca, a su parecer; se detuvo, sorprendido por la belleza de la que cantaba con tanta suavidad que ninguna sirena, hada o ninfa cantaron con dulzura igual. El rey se ocultó lo mejor que pudo tras los matorrales, temiendo que lo viera la dama, olvidó la caza y la sed que tenía y empezó a deleitarse con su canto y con su belleza, de forma que no sabía si era de día o de noche, si estaba dormido o si velaba.

La dama cantaba con tanta dulzura que daba gusto oírla, y Elinás la contemplaba sin darse cuenta de nada más que de lo que veía y oía, y así permaneció durante mucho tiempo. De

pronto, llegaron corriendo dos perros suyos que le saltaron encima haciéndole grandes muestras de alegría; él volvió en sí, como despertándose, y se acordó de la caza, y tenía tanta sed que sin pensarlo más se dirigió a la fuente, tomó el recipiente que colgaba de ella atado a una larga cadena, sacó agua y bebió. Miró entonces a la dama, que había dejado de cantar, y se dirigió a ella dispuesto a saludarla con la mayor cortesía. La dama, que era muy educada, le devolvió el saludo con amabilidad.

—Señora, no quiero ser descortés —dijo el rey Elinás—, ni quiero molestaros al preguntaros quién sois y a quién servís, pues a ello me mueve el hecho de que conozco perfectamente toda esta región y sus alrededores, y sé que a cuatro o cinco leguas a la redonda no hay ninguna fortaleza, ni ninguna torre, a excepción de aquella de la que he salido hoy mismo, que está a unas dos leguas de aquí; por eso me pregunto admirado de dónde ha podido venir, sola y sin compañía, una criatura tan agradable como sois vos. Perdonadme, por Dios, pues cometo una grave falta al preguntaros, pero el gran deseo que tengo de saberlo me hace cometer esta falta.

—Señor caballero, no hay falta en eso, pues actuáis con cortesía y respeto. Sabed, señor caballero, que si no quisiera estar sola no tardaría mucho en tener compañía; he enviado a mis gentes por delante porque me encontraba a gusto en este hermoso lugar, en el que me estaba deleitando ahora, como habéis oído.

Mientras hablaba así, llegó un criado, bien vestido, montado en un gran corcel y con un hermoso palafrén a la diestra, enjaezado tan ricamente que el rey Elinás se quedó perplejo y pensaba que nunca había visto nada semejante.

—Señora —dijo el criado a la dama—, venid cuando queráis, pues ya está todo preparado.

—Demos gracias a Dios —respondió ella, y dirigiéndose al rey añadió—: señor caballero, me voy con vuestro permiso y agradecida por vuestra cortesía.

Fue entonces hacia el palafrén para montar, pero el rey se adelantó y la ayudó a subir con dulzura. Ella le dio las gracias y se marchó. Elinás volvió a montar. En esto, llegan los hombres del rey, que lo estaban buscando y le dicen que habían conseguido cazar el ciervo; sin prestarles atención les contesta que se

alegra, y comienza a pensar en la belleza de la dama, sintiéndose tan enamorado que no sabe qué hacer; entonces, se dirige a sus gentes y les dice:

—Id por delante; yo os seguiré de inmediato.

Los hombres de Elinás se alejaron, no sin darse cuenta de que el rey había encontrado alguna cosa que les quería ocultar, pero se marcharon porque no se atrevían a enfrentarse con él. Cuando ya se habían distanciado un poco, el rey tira del freno de su caballo y vuelve al galope por el camino que había visto que tomaba la dama.

Cuenta la historia que el rey Elinás consiguió encontrar a la dama en el bosque, en el que abundaban los árboles altos y rectos: era verano y hacía buen tiempo, el día era dulce y el lugar del bosque resultaba muy agradable. La dama oyó el galope del caballo del rey Elinás y dijo a su criado:

—Detente, esperemos a ese caballero que ha debido de olvidarse algo en la fuente o quiere decirnos una parte de su pensamiento, que no se atrevió a revelar antes, pues lo vimos muy pensativo.

—Señora, como queráis.

El rey galopa, sin detenerse, hasta la dama y la mira como si no la hubiera visto nunca, la saluda alterado, tan abrasado por su amor que no podía contenerse. La dama, que lo había reconocido sin dificultad y que sabía lo que deseaba, le preguntó:

—Rey Elinás, ¿qué buscas de mí con tanto empeño? ¿Me llevo algo tuyo?

Cuando se oyó nombrar se admiró, pues apenas conocía a la que estaba hablando con él.

—Mi querida dama —respondió—, no os lleváis nada mío, pero estáis atravesando mis tierras y me parece villanía no atenderos de forma más honrada de lo que puedo hacer aquí.

—Os excuso y os ruego, si no queréis nada más, que no os volváis a preocupar por este asunto.

—Deseo otra cosa, muy querida señora.

—¿Qué es? Hablad sin miedo.

—Pues si así me lo pedís, os lo voy a decir. Más que ninguna otra cosa querría obtener vuestro amor y vuestra gracia.

—No os equivocáis al hacerlo, pero sólo os daré mi amor si

pensáis en mantener la honra, pues nadie la obtendrá desaprensivamente.

–¡Ay! Mi querida dama, no pienso en nada deshonesto.

–Entonces, si me queréis tomar por esposa, debéis jurarme que si tenemos hijos no intentaréis verme durante el parto y mientras los críe; si así lo juráis, os prometo que os obedeceré como mujer leal.

El rey lo juró tal como ella se lo había pedido, a sabiendas de que estaba profundamente enamorado. ¿Para qué me voy a extender más? Se casaron y durante mucho tiempo fueron felices, pero las gentes de Albión se preguntaban quién era aquella dama, a pesar de la sabiduría y de la habilidad que mostraba en el gobierno. Y Matacás, el hijo del rey, la odiaba.

Así, quedó encinta y dio a luz tres niñas. La que nació primero se llamó Melusina, la segunda Melior y la tercera Palestina. El rey Elinás estaba ausente, pero sí estaba allí su hijo Matacás, que contempló a sus hermanas admirándose de lo hermosas que eran; después, fue a ver a su padre y le dijo:

–Mi señora la reina Presina, vuestra mujer, os ha dado las tres niñas más bellas que se han visto jamás; señor, venid a verlas.

El rey Elinás, que no se acordaba de la promesa que hizo a Presina, le contestó que así lo haría. Despreocupado, entró en la habitación en la que estaba su mujer bañando a las tres niñas, y al verlas se puso muy contento y dijo:

–¡Dios bendiga a la madre y a las hijas!

–Falso rey, has faltado a la promesa –le contestó Presina encolerizada al oírlo–, serás castigado por ello: me has perdido para siempre, aunque sé que ha sido culpa de tu hijo Matacás; me iré de inmediato, pero me vengaré de él o de sus descendientes, mediante mi hermana y compañera, la Dama de la Isla Perdida.

Después de decir esto, tomó a sus tres hijas y desapareció, sin que la hayan vuelto a ver en aquella tierra.

Cuenta la historia que cuando el rey Elinás perdió a Presina y a sus tres hijas se quedó atónito y no sabía qué hacer; durante ocho años no cesó de llorar y de suspirar amargamente por el

amor que tenía a su mujer, y así, sus súbditos empezaron a decir que estaba loco, y entregaron el gobierno de Albión a Matacás, que obró con rectitud y mantuvo el respeto a su padre. Los nobles lo casaron con una huérfana, señora de Duras y de Florimonte, que después padeció grandes desgracias, pero nuestra historia no ha sido emprendida para hablar de él, y por lo tanto no diremos nada más del asunto y volveremos a nuestra materia.

Al dejar a Elinás, Presina se marchó con sus tres hijas a Avalón, que también se llama Isla Perdida porque nadie es capaz de dar información sobre ella, ni es capaz de llegar hasta allí si no es guiado por la aventura, aunque haya estado en la isla muchas veces. En Avalón crió a las niñas, hasta que tuvieron quince años; todas las mañanas Presina las llevaba a una montaña, que se llama –según dice la historia– Eleneos, que quiere decir «Montaña Florida», desde donde contemplaban sin dificultad la tierra de Albión. Un día que estaban allí, dijo llorando a sus hijas:

–Hijas, mirad la tierra en la que nacisteis y en la que hubierais tenido posesiones, a no ser por la falsedad de vuestro padre, que nos hundió en la miseria hasta el día del Juicio Final, en que se castigará a los malos y se premiará a los buenos.

–Señora, ¿cómo os ofendió nuestro padre? –preguntó Melusina.

Ella les cuenta todo, tal como habéis oído. Melusina le pregunta luego por las ciudades y castillos del reino de Albión, y Presina se los va describiendo mientras descenden de la montaña y regresan a Avalón. Al poco tiempo, estaban las tres hermanas juntas, cuando Melusina les dijo:

–Mis queridas hermanas, daos cuenta de la miseria que tiene nuestra madre por culpa de nuestro padre; nosotras mismas habríamos podido vivir mucho mejor y con más riqueza. Por lo que a mí respecta, pienso vengarme, pues quiero que él conozca las mismas privaciones que ha sufrido nuestra madre.

–Vos sois la mayor –le respondieron Melior y Palestina–; os seguiremos y aceptaremos lo que queráis hacer.

–Herманas, bien veo que tenéis amor de verdaderas hijas a vuestra madre; habéis hablado muy bien. He pensado, si estáis de acuerdo, que lo encerraremos en la admirable montaña de

Northumberlandia llamada Brumbloremlión, y que no salga de allí en el resto de su vida.

–Vayamos, pues ya es hora de que nuestra madre sea vengada de la deslealtad que le hizo nuestro padre.

Por su condición mágica consiguieron apresar a Elinás y lo encerraron en la montaña; después, fueron a ver a Presina y le dijeron:

–Madre, ya no te debes preocupar por la deslealtad de nuestro padre, pues ha recibido su merecido: no saldrá jamás de la montaña de Brumbloremlión, en la que lo hemos encerrado; allí pasará entre sufrimientos el resto de su vida.

–¡Ay! –exclama Presina, que se lo imaginaba–, malas y perversas, crueles y duras de corazón, habéis hecho mal al castigar así al que os engendró, pues era mi único alivio en este mundo mortal; vosotras me lo habéis quitado. Os daré la recompensa que os merecáis. Melusina, tú eres la mayor y deberías tener más entendimiento; por tu culpa le habéis dado esta dura cárcel a vuestro padre y por eso serás la primera castigada; el poder de la semilla de Elinás os habría devuelto a su condición humana, y a partir de ahora, Melusina, te convertirás todos los sábados en serpiente del ombligo para abajo; si encuentras a un hombre que te quiera tomar por esposa, debe prometerte que no te verá ningún sábado, y si te descubre, que no lo revelará a nadie: así vivirás normalmente, como cualquier mujer, y morirás de forma normal. Sea como sea, de ti descenderá un noble linaje, que realizará grandes proezas. Pero si eres abandonada por tu marido, volverás al tormento de antes hasta que llegue el día del Juicio Final; aparecerás tres días antes de que cambie de señor la fortaleza que construyas y que llevará tu nombre, y también se te verá cuando algún descendiente de tu estirpe vaya a morir.

»A ti, Melior, te concedo un castillo hermoso y rico en Gran Armenia; en él custodiarás un gavilán hasta que vuelva el Alto Dueño. Todos los caballeros que vayan allí a velar la antevíspera, la víspera y el día veinticinco de junio, si no se duermen un instante, recibirán un regalo tuyo, un regalo de cosas temporales; pero si piden tu cuerpo o tu amor, para casarse contigo o para cualquier otra unión natural, serán desgraciados hasta la novena generación, y perderán sus riquezas.